

como de su ignorancia literaria y de los errores é impiedades por él propalados: defendía el obispo, y creíanlo eficazmente sus prosélitos, que tenía el Hacedor Supremo figura humana; y colocándole en lo más alto del cielo, desde donde contemplaba todas las cosas fuera de ellas, añadía que estaba al par dentro de las mismas por sutilidad [per subtilitatem]; cúmulo de absurdos que hallaba digna corona en la grosera suposición de que no en las purísimas entrañas de la Virgen, sino en su corazón había Dios tomado carne, al descender entre los hombres ¹. Contra estos delirios obtenía pues insigne triunfo el abad de Peñamelaria, ayudándole por una parte la misma verdad que defendía, y dándole por otra segura victoria la extraordinaria superioridad de sus conocimientos literarios. Pero escudado en la dignidad que indigna y torcidamente ejercía, y sostenido por la corte mahometana, cuyas miras políticas halagaba la discordia de los cristianos, lejos de rendirse Hostegesis á la luz del Evangelio, respetando las venerandas decisiones de la Iglesia, obstinábase más y más en sus extravíos, buscándoles nueva manera de defensa.

Consumíanse en esta forma las fuerzas que debieran dirigirse al sostenimiento de la causa común; y trocado en odio irreconciliable el primer desvío de los contendientes, ofrecíanse en lastimoso espectáculo á sus naturales enemigos, quienes, si no lograron recoger todo el fruto de su política, veían sin duda con placer agotarse en semejantes lides aquel sublime espíritu, que había revestido de indomable heroísmo el pecho de los mártires. La Era del combate había, sin embargo, ya pasado; y si en mitad del cansancio y postración de los mozárabes ardía aun la llama del patriotismo; si era la historia del martirio padron eterno que debía fomentar en secreto la animadversión de ambas razas, haciendo de todo punto irrealizable la total fusión intentada por los Califas ², ni fué posible que triunfara la idea católica en la

¹ *Apolog.*, lib. II.

² Desde este momento podía predecirse la suerte final de los mozárabes. Los mahometanos no guardaron ya género alguno de consideración con aquella desventurada grey, siendo en verdad digno de notarse que aun los escritores más dispuestos á disculpar el intolerable despotismo de los Califas, acusando el supuesto *fanatismo* de los mártires, se vean forzados á reconocer

corte de los Abd-er-Rahmanes, ni que produjera aquella angustiosa y misera situación hombres del temple superior de Álvaro y de Eulogio, ni que tuviese por último en el terreno de las letras otros intérpretes que los que realmente la representaban.

El impulso dado por aquellos señalados varones respecto de los estudios clásicos había, no obstante, despertado el amor á la literatura latina; y al lado del abad Samson, que sobre obtener el lauro de teólogo, anheló también la gloria de poeta, distinguiéronse á mediados y fines del siglo IX el presbítero Leovigildo, arriba citado, y el archipreste Cipriano, celebrados ambos de sus coetáneos. Distintas son no obstante las obras de uno y otro que han llegado á nuestros días: Leovigildo, que alcanza la terrible persecución ejecutada en los cristianos, y que se duele acaso de que oculten los sacerdotes las insignias de su noble ministerio, escribe bajo el título *De Habitu Clericorum* un erudito libro, explicando con multiplicados textos de la Sagrada Escritura la significación mística del traje sacerdotal: Cipriano consagra sus versos, como el abad Samson, á derramar algunas flores sobre la tumba de sus hermanos. Había el rector de San Zoilo celebrado sobre sus sepulcros las virtudes de los abades Ofilon y Atanagildo y del presbítero Valentiniano ¹: Cipriano paga igual tributo á Samson, que fallece en 890:

Quis quantusve fuit Samson clarissimus abba,

esta verdad. El ya citado R. Dozy escribe al propósito, reconocido el efecto de aquella tiranía que hunde en la miseria á la grey cristiana: «Dès le IX^e siècle, les conquérants de la Péninsule suivaient à la lettre le conseil du Calife Omar, qui avait dit assez crûment: «Nous devons manger les chrétiens et nos descendants doivent manger les leurs tant que durera l'islamisme» (*Hist. des Musulmans d'Espagne*, tomo II, pág. 50).

¹ No creemos fuera de sazón el trasladar aquí alguna de estas poesías, á fin de que sea algún tanto conocida la musa de Samson, quien se preciaba de cultivar esmeradamente, como vá notado, las letras latinas. Hé aquí el epítáfio de Ofilon (*España Sagrada*, tomo XI, pág. 527):

Offilo hic tenui versus in pulvere dormit,
Fallentem mundum olim qui mente subegit:
Flagrantes dapes tenuit, et pocula fulva,
Infestum virgo malens vitare celidrum.
Laudetur talis multorum lingua sacerdos;
Optetur illi, et caeli portio dari.

Cuius in urna manent hac sacra membra in aula,
 Personat Hesperia illius fame fota.
 Flecte Deum precibus, lector, nunc flecte peroro,
 Aethera ut culpīs valeat conscendere tersis.
 Discessit longe notos plenusque dierum ¹.

Llorando asimismo sobre las reliquias de la virgen Hermilde, recuerda la firmeza de Juan, segundo de los mártires de Córdoba, que ilustran aquella edad calamitosa:

Carceres, et dira Ioannes ferrea vincla
 Christi amore tulit: hac functus in aula quiescit ².

Pero al propio tiempo que así parece heredar el espíritu religioso de los varones esclarecidos que le preceden,—rindiendo gracias al Conde Adolfo por haber dado á la basilica de San Acisclo una costosa biblioteca, don por extremopreciado, mézclase acaso en demasia á las frivolidades del mundo, pidiendo al Conde Guifredo que regale á la Condesa Guisinda un precioso abanico [*flabellum*], al cual se dirige, ya en manos de aquella ilustre matrona, del siguiente modo:

Guisindis dextram illustris adorna, flabelle,
 Praebe licet falsos ventos, ut temperet aestum,
 Tempore aestivo defluxa membra refovens,
 Pansus et officium implens per omnia tuum ³.

¹ Núm. VI de los *Epigramas, España Sagrada*, tomo XI, pág. 526.

² Núm. VIII id., id., id.; Morales, *Notas al Memorial de los Santos* de San Eulogio; Nicolás Antonio, *Bibliot. Vetus*, tomo I, pág. 471.

³ Ut supra, núm. V, pág. 526; Morales, *Crónica*, lib. XV, cap. XXI. Las poesías de Cipriano fueron publicadas con las de Samson en el tomo XI de la *España Sagrada*, pág. 524 y siguientes: debe advertirse que los epitáfios y epigramas que atribuye Tamayo de Salazar á Samson, no existen en el códice toledano que sirvió de texto al erudito Florez, por lo cual las rechaza como apócrifas. Las composiciones al *Abanico ó ventalle* de Guisinda llevan, como vá notado, en Florez los núms. IV y V, faltando los dos himnos que don Nicolás Antonio dice haber escrito Cipriano para la festividad de Santa Leocadia (*Bibl. Vetus*, lib. VI, cap. VII). Digna de elogio es la solícitud, con que este docto investigador examina los epigramas que á Cipriano atribuyeron Tamayo de Salazar y sus iguales, abriendo el camino, con atinada crítica, para que sólo puedan tenerse por suyos los versos que recogió Florez en los lugares citados (Véase todo el indicado capítulo de la *Bibliot. Vetus*).

Las letras latinas reflejaban pues en el suelo de Córdoba las diferentes fases, por donde habia pasado la raza mozárabe en el siglo IX bajo el Imperio de los Califas. Cuando amenazada de lenta disolucion, há menester aquella desafortunada grey reconcentrar todas sus fuerzas intelectuales, y con ellas toda su fé y su patriotismo, á fin de esquivar los tiros de la política musulmana, suena el noble y respetado acento del abad Esperaindeo para rechazar todas las seducciones del mahometismo; y combatido el Koram por su elocuencia, aparece á los ojos de los cristianos, firmes en la fé de sus mayores, como sentina de iniquidad y fuente de impudicia, renaciendo en ellos el antiguo fervor religioso con tan desusada violencia que ni lo entibia la persecucion, ni lo quebranta el martirio. Cuando trabada ya aquella sangrienta y sorprendente lucha, acuden los mahometanos á todos los caminos para obtener la deseada victoria, la voz sublime y simpática de Eulogio se escucha y vibra con mágico efecto en los oídos de los fieles, segundada por la viril y nerviosa elocuencia de Álvaro, que infunde en todos los pechos sin igual aliento; y multiplicando los triunfos del Evangelio, advierte á los Califas de que no era fácil empresa la de borrar de los españoles ni las creencias de sus padres, ni el sentimiento de nacionalidad, con tanto empeño comprimido. Cuando huérfanos y desacaudillados, con la muerte de estos ilustres agiógrafos, caen los mozárabes en doloroso abatimiento, y vejados por la crueldad de Servando, derrama entre ellos la maldad de Hostegesis la ponzoña de la herejía, llamado á la liza por el grito de la verdad, empuña el abad Samson las armas de la controversia y de la sátira; y fiado en la santidad de la causa que defiende, ni perdona diligencia, ni omite sacrificio para alcanzar el vencimiento de sus enemigos. Cuando pasadas finalmente aquellas grandes vicisitudes, parece someterse á la necesidad de los tiempos, si bien no le es dado renunciar á la tradicion que la sostiene y fortifica en el cautiverio, desposeida ya la raza hispano-goda de aquellos formidables atletas del eristianismo, sólo tiene fuerzas para producir las obras de Leovigildo y Cipriano, mostrando así la cohesion y enlace íntimo de las letras y de la sociedad que las cultiva.

En todas estas situaciones, que hemos procurado bosquejar con

su más propio colorido, se hermana el esfuerzo hecho por los mozárabes en nombre de la religion con el esfuerzo propiamente literario, como que uno y otro caminaban al mismo fin, protestando con igual energia de la política mahometana. Así, mientras contemplamos á Eulogio y Álvaro, amamantados en la escuela de Esperaindeo, excitar el entusiasmo de los fieles, vémoslos tambien afanarse en la restauracion de los estudios, y apoyados en el egemplo de Isidoro y de sus discípulos, acudir á las fuentes de la literatura romana, para alcanzar tan importante objeto: así, mientras el rector de San Zoilo pugnaba por exterminar la impiedad de Hostegesis, á quien daba el nombre de *Hostis-Iesu*¹, preciábase de conocer los escritores del siglo de Augusto, haciendo alarde de ser solicitado por los Califas para escribir en lengua latina la correspondencia dirigida por estos á los príncipes cristianos²; y así por último, mientras el mismo Samson y despues el archipreste Cipriano empleaban la poesía con poca fortuna en asuntos ligeros y alguna vez triviales, tenían á gala el practicar las leyes métricas, resucitadas por Eulogio durante su prision [851], y ensayadas por Álvaro en la imitacion de los poetas religiosos de otros siglos.

Mas á pesar de esta constante aspiracion á la antigüedad, ni el abad Esperaindeo, primer móvil de aquella suerte de renacimiento, ni sus dos celebérrimos discípulos, que lo realizan con noble esfuerzo, ni el abad Samson, que se precia de seguir de cerca sus huellas, logran salvarse de la decadencia en que se arrastraban las letras latinas, cundiendo en sus obras todos los vicios de pensamiento y de estilo que hemos señalado en las producciones de los últimos tiempos. Y no salian en verdad mejor librados los fueros de la gramática, ya alterándose la construccion sintáctica de las frases, ya desnaturalizándose y perdiendo su forma primitiva las raíces y partículas, ya variándose arbitrariamente el uso y significacion de las palabras³. Pero el mérito literario de Es-

¹ *Ostegesis*, qui melius *Hostis Iesu* potest appellari (*Apologeticus*, lib. II, in prohemio).

² *Id.*, *id.*, núm. IX.

³ Los defectos más característicos del estilo y lenguaje de estos escrito-

peraindeo, Álvaro y Eulogio estaba subordinado á la grande idea que habia agitado sus plumas, al promover y alentar sin tregua ni descanso el entusiasmo de sus compatriotas, debiendo desaparecer ante la arrebatada entonacion de su elocuencia toda otra consideracion de la crítica. Por eso Álvaro, que demás del *Indículo luminoso*, escribe otras producciones ajenas al martirio, aunque apura toda su erudicion, no alcanza en ellas el digno lauro que aquella obra le conquista: por eso el *Apologetico* de Samson, que puede por su origen ser considerado como la primera consecuencia de la muerte de Eulogio, aunque nutrido y vigoroso, carece ya de la espontaneidad que admiramos en la historia y defensa de los mártires; y por eso, en fin, aparecen faltos de calor y de vida los escritos de Leovigildo y Cipriano, distantes de aque-

res consisten: 1.º En usar los verbos deponentes como activos y suponer activos los deponentes con harta frecuencia, como se nota, por egemplo, en *detestor*, *opinor*, *sequor*, etc., y en *narro*, *laudo*, *expecto*, etc. 2.º En apocopar ó sincopar las palabras, como en *anathemo*, *anathematus*, *conicio*, *adicio*, etc. 3.º En trocar la significacion de las voces, como *impetro* por *efflugo*, *praecido* por *finio*, etc. 4.º En alterar el uso de las partículas y el movimiento sintáxico de los verbos, como en *coelo tenus*, *terra tenus*, por *usque ad celum*, *usque ad terram*, etc., y en *visionem frueri* por *visione frueri*, *mihi attinet* por *me attinet*, etc. 5.º En concertar los plurales neutros con verbos en singular, como en *saecla recurrit*, *membra est*, *vaticinia cecinit*, *tartara servit*, etc. 6.º En adulterar la terminacion de los nombres, como en *acucia* por *acumen*, *infamium* por *infamia*, *contumelium* por *contumelia*, etc. 7.º En atribuir á los nombres de la cuarta declinacion las desinencias de los de la segunda, como en *censos*, *actos*, *aestos*, etc. 8.º En usar la partícula *in* en las voces, á que se prefixa, sin modificacion alguna, como en *inlumino* por *illumino*, *inrideo* por *irrideo*, *inludo* por *illudo*, *inreparabilis* por *irreparabilis*; y 9.º En hacer frecuente alarde de los hispanismos *quanti sacerdotes*, *quanti partibus* por *quot sacerdotes*, *quot partibus*, etc. Á estos defectos, que por su repeticion imprimen ya un sello especialísimo en las obras de los mozárabes cordobeses, pueden añadirse otros no tan comunes, aunque de la misma importancia: tal sucede con la alteracion de los géneros en las voces *claustra*, *dogma*, *divitia*, *valva*, etc., que consideran no pocas veces como femeninas, dándoles las terminaciones de la primera declinacion; lo cual, unido á la singular ortografia, y á la admision de voces de origen griego, que han perdido ya su primitiva forma, completa la fisonomia exterior de estas peregrinas obras. Esto último sucede con frecuencia en los epitáfios.

lla inmensa hoguera, que había iluminado con sus inmortales resplandores la época de la persecucion mahometana ¹.

Daban pues las letras claro testimonio del sucesivo estado de los cristianos desde los primeros hasta los últimos dias del siglo IX, habiendo ostentado el triste privilegio de brillar con mayor fuerza, precisamente cuando más proxima estaba su ruina.— Pero si resfriado, ya que no ahogado del todo, aquel sentimiento de dignidad é independencia que había engendrado el martirio, apenas quedaban entre los mozárabes señales del pasado entusiasmo patriótico y religioso, justo es repetir que no por eso había perecido en ellos el noble instinto de la nacionalidad, siendo acaso este el principal fruto obtenido de aquella formidable lucha. Mostrábase semejante antipatia en las guerras civiles, que por el mismo tiempo estallaron entre las diversas razas que poblaban la España árabe, guerras que llenando por largos años de luto las más populosas ciudades, debían transmitir los odios de mozárabes, muladies y mahometanos á las generaciones futuras. Y cuando derrocado el Califato de Córdoba con la muerte de Almanzor [Mohammed-ben-Abdaláh], escudo y guarda del trono de Hixem II, difunden las terribles correrías del Cid y los triunfos de Alonso VI inusitado pavor entre los reyezuelos que habían repartido entre sí la herencia de los Abd-er-Rahmanes; cuando para librarse del continuo peligro en que vivían, llaman estos en su ayuda á los almoravides, abriéndoles el Estrecho de Hércules,—exasperados por las eternas violencias y vejaciones, y envidiando la suerte

¹ No debemos pasar en silencio que á principios del siglo X [926] volvió Córdoba á ser teatro de la entereza y abnegacion cristiana con el martirio del niño Pelagio, cuya sobrenatural heroicidad dió aliento al presbítero Ragel para escribir su peregrina historia (*España Sagrada*, tomo XXIII, apéndice IV). En ella pareció recobrase por un instante el espíritu de Eulogio y de Álvaro, que salvando el Pirineo fué á buscar asilo, mediado ya aquel siglo, en el monasterio de Gandersheim, inspirando á la monja Hrotsuitha una de sus más estimadas producciones (Ed. prim. de Nuremberg, 1501, por Conrado Celtes). El martirio de Pelagio, así como el de Dominico Sarracino, acaecido años adelante, no tuvo sin embargo influencia alguna en los mozárabes, pues que uno y otro eran cautivos cristianos, y no vasallos de los reyes de Córdoba.

de sus hermanos de Toledo y Zaragoza, hacen los mozárabes desesperado esfuerzo para sacudir el yugo de sus nuevos y más crueles opresores, aventurándose á impetrar el auxilio de los principes cristianos, á quienes auguran éxito feliz en aquella osada empresa.

Oyólos Alfonso I de Aragon, é inflamado su bélico esfuerzo por la grandeza de la hazaña, movió sus huestes contra la morisma, que enervada algun tanto su primitiva ferocidad, gozaba los deleites de la Bética en sus encantados verjeles: los temidos estandartes del cristianismo pasearon en son triunfal las comarcas de Valencia, Granada y Córdoba, sin que osaran los africanos afrontar en campo abierto aquellas numerosas huestes. Mas aunque engrosadas estas con diez mil combatientes mozárabes, vióse por último el rey Alfonso forzado á restituirse á su reino, sin otro efecto que el de seguirle doce mil familias cristianas, dejando la gran masa de la poblacion expuesta al bárbaro, bien que motivado, encono de los almoravides.

Grande, terrible como nunca fué la persecucion que estos ejecutaron en los desvalidos: degollados ó muertos en espantosos suplicios los más principales, sobre quienes recaía la sospecha de aquella gran conspiracion que puso en tan grave conflicto el poderio del Islam; y decretada por el vengativo Ali-ben-Yuzeph la extirpacion de *la mala simiente*, fueron declarados esclavos cuantos infundian recelo á su opresora política, y conducidos violentamente al África [1124], donde los estaban esperando mayores desdichas ¹. Derramados los restantes en el interior de la morisma, para borrar del todo en ellos la idea de la nacionalidad, mi-

¹ Los *Anales primeros Toledanos* dicen, despues de referir con enojosa brevedad la expedicion del rey don Alonso I de Aragon, en la Era MCLXI: «Passaron los mozárabes á Marruecos ambidos (por fuerza), Era MCLXII.» Orderico Vidal, que dió algunos pormenores de aquella régia correría, puso la expulsion de los mozárabes en 1125, y por tanto un año despues de los anales toledanos; pero el testimonio doméstico nos parece digno de mayor crédito que el aserto de este diligente extranjero, si bien no dejaremos de observar que el ya citado Conde refirió dicho acontecimiento al año 519 de la Hégira, que equivale al señalado por Orderico (*Dominac. de los árabes*, III.^a Parte, cap. XXIX).

raban á poco andar arrancados sus hijos de sus nuevos hogares para formar la guardia de sus propios tiranos ¹, mientras arrebatados en el aluvion de pueblos que lanzan los almohades sobre España, al comenzar del siglo XIII, se veian forzadas las tristes reliquias de los desterrados de África á pasar de nuevo el Estrecho de Hércules, para ofrecer en las gargantas de Murad el holocausto de su sangre en pró de sus fieros dominadores ².

Tan desastrada y miserable suerte alcanzaba pues á la grey mozárabe, tras tantas vicisitudes y calamidades como en el espacio de largos siglos la habian afligido: y así desaparecia de la Península Ibérica aquella nacionalidad que al mediar la IX.^a centuria habia despertado la admiracion del mundo católico con la

¹ En 1144 formaban parte de la guardia de Yusuf-ben-Texfin cuatro mil mancebos cristianos de las familias andaluzas que habia perdonado la saña de Alí: el bárbaro, obedeciendo los consejos de su padre, los condujo al África para oponerlos á los almohades, cuyas oleadas empezaban á inundar el imperio de Marruecos (Conde, *Dominac. de los árabes*, III.^a Parte, cap. XXXVI).

² Demás de las razones, nacidas de la misma naturaleza de los ejércitos que trajo á España Mahommed-el-Nassir en 1210, los cuales se componian de «octoginta millia militum,» siendo innumerables los peones (Don Rodrigo, lib. VIII, cap. IX), ó como otros quieren de tres cuerpos, fuerte cada cual de ciento sesenta mil combatientes (Fauriel, *Hist. de la poes. proven.*, tomo II, cap. XX, pág. 153), nos persuade de este hecho un testimonio, todavia no aducido por la crítica histórica. Nos referimos á la enérgica cuanto bella *precizanza* que Givaudan el Viejo dirige á los príncipes cruzados que bajo las enseñas de Castilla vien en á combatir el amenazador poderio de los almohades. En ella leemos, despues de apostrofar á los indicados príncipes (Raynouard, tomo IV, pág. 85 del *Choix de Poesies*):

Per que manda 'l reys de Maroc
Qu' ab totz los reys de Crestias
Se combatra ab sos trefas
Andolozitz et Arabitz
Contra la fé de Crist garnitz.
Totz los Alcavis a mandatz,
Masmutz, Maurs, Gotz è Barbaris,
E no y reman gras ni mesquis,
Que totz no 'ls ayon ajostatz, etc.

Hablando Givaudan primero de andaluces y árabes, y mencionando despues á los *godos* entre las tribus *masamudas* [*muzmotas* dicen las crónicas], mauritanas y berberiscas, no cabe dudar que alude á los descendientes de los mozárabes, arrojados por el alfange de Alí á las playas africanas.

pureza de sus creencias, la energia de sus sentimientos y la claridad de su ingenio, excitando ahora profunda simpatia en cuantos, libres del ciego espíritu de las sectas filosóficas ó religiosas, contemplan con el desinteresado anhelo de la verdad aquel doloroso espectáculo ¹.—Cuando las vencedoras falanges de Fernando III sometieron al señorío de Castilla la mayor parte del Andalucía, si existian algunas familias cristianas en el territorio arrebatado á la morisma, no halló aquel piadoso monarca en las ciudades de Jaen, Córdoba y Sevilla verdadera grey mozárabe que recordara en ellas la existencia de las razas hispano-latina y visigoda ². Agotadas

¹ Dimos á conocer en la *Revista española de ambos mundos* (noviembre de 1854) estos estudios en los históricos que sacamos á luz bajo el título de *Mozárabes, mudejares y moriscos*: un año despues publicaba nuestro entendido amigo don Pedro de Madrazo el tomo de los *Recuerdos y Bellezas de España* relativo á Córdoba, y estudiando allí las artes del Califato, planteaba la cuestion del martirio en términos muy semejantes á los empleados por nosotros. Para este docto académico no es la heroicidad de los mozárabes hija del fanatismo, ni indigna del respeto de los historiadores ilustrados (cap. II, págs. 124, 133 y 140): el sacrificio voluntario de los mártires es el inevitable resultado de la política de los mahometanos, y representa, como para nosotros, la protesta del sentimiento patriótico y del espíritu de raza contra la opresion llorada por Álvaro y Eulogio.—Cuando preparamos estos capítulos para la prensa, llegan á nuestras manos dos *Discursos, leídos ante el claustro de la Universidad de Granada*, debidos á los profesores de la Facultad de filosofía y letras, don Manuel de Góngora y don Francisco Fernandez Gonzalez, nuestro amado discípulo, en los cuales se vindica igualmente la memoria de los mártires con erudicion abundante y selecta (1861): la Real Academia de la Historia abre al propio tiempo concurso sobre la *de los mozárabes*, manifestando así cuán interesante y digna del estudio juzga la suerte de aquella grey desventurada, á quien ha perseguido por último la ojeriza de las sectas con el injusto fallo que rechazamos en esta parte de nuestra *Historia crítica*. Felicitémonos por no haber sido los postreros en tomar parte en esta revindicacion histórica, recordando para terminar, que ya en 1860 expusimos ante la citada Real Academia de la Historia estas mismas doctrinas (*Discurso de contestacion*, leído en la recepcion de don Tomás Muñoz y Romero).

² Ambrosio de Morales, *Corónica general*, lib. XVII, cap. XII, asegura que no halló San Fernando en Andalucía ninguna familia mozárabe, si bien en algunos pasajes de la misma *Corónica* habia dejado entrever lo contrario: tal sucede, por ejemplo, cuando al dar razon de los libros y monumentos que habia tenido presentes para escribirla, menciona el código de las

sus fuerzas, despedazadas y aventadas las miserables reliquias de godos y romanos, se perdían por último entre los musulmanes para la historia y para la civilización los tesoros literarios tradicionalmente guardados por los discípulos de Esperaindeo, mientras consentía la Providencia que hallaran asilo en las montañas de Asturias las doctrinas de los sucesores del grande Isidoro, destinadas á fructificar en el seno del cristianismo durante la edad media.

Prosigamos tan interesante estudio en el capítulo siguiente.

obras de Álvaro «conservado allí [en Córdoba] desde los cristianos mozárabes »que lo escribieron» (Proe. al lib. XI); y no otra cosa pudiera deducirse al verle copiar algunas inscripciones que adelante mencionaremos, para demostrar que prosiguió en la Colonia Patricia de los romanos el culto cristiano, y que «desde el tiempo de los godos existió su iglesia» (lib. III, cap. VIII). Sin embargo, son dignas de tenerse en cuenta las palabras del arzobispo don Rodrigo, cuando refiere cómo fué repoblada Córdoba por los cristianos: «Tanta est Urbis illius abundantia, amoenitas, et ubertas, quod auditu praeconio tantae urbis ex omnibus Hispaniae partibus habitatores et futuri incolae, relicti natalibus sedibus, quasi ad regales nuptias cucurrerunt, et sic incolis continuo est repleta, quod domus habitatoribus, non habitatores domibus defecerunt» (lib. IX, cap. XVII). Don Rodrigo no menciona pues á los mozárabes entre los nuevos pobladores. Ni tampoco el rey don Alfonso el Sabio en la *Estoria de Espanna*, donde narra detenidamente estos hechos y los relativos á la conquista de Sevilla, cuyo repartimiento ejecuta por mandamiento de su padre, los nombra una sola vez; lo cual nos convence de que, si podía existir en Andalucía alguna familia, en que se conservase aun sangre mozárabe, ninguna importancia ni significación tenía ya, como pueblo, aquella grey desventurada. Ni vale acotar, para probar lo contrario, con el testimonio del autor del *Carthay*, cuando dice que cercada Córdoba por Fernando III, le dieron los cristianos que estaban en la Axarquía, entrada en la ciudad (pág. 183 del texto árabe, ed. de Tornberg, y 302 de la trad. portug. de Moura); pues que el referido historiador habla en efecto de los cristianos que habiéndose apoderado de la Axarquía por la torre oriental, que lleva aun nombre del *Colodro*, tomado de su escalador, sufrieron allí heroicamente largo asedio hasta que los socorrió San Fernando, quien por la distancia (pues se hallaba en Benavente) y por la crudeza del invierno (que fué de grandes nieves y aguas) tardó mucho más de lo que deseaba. Los cristianos referidos permanecieron en la Axarquía, y la tuvieron por suya desde ocho de enero hasta «la fiesta »de los apóstoles Sant Pedro et Sant Pablo,» 29 de junio de 1226 (*Estoria de Espanna*, ó *Crónica General*, ed. de Ocampo, Zamora, 1541).

CAPITULO XIII.

PRIMEROS HISTORIADORES DE LA RECONQUISTA.

SEBASTIAN, SAMPIRO, PELAYO, EL SILENSE, etc.

Los cristianos independientes.—Progresos de la reconquista.—Alfonso II.—La corte de Oviedo.—Alfonso el Magno.—Primeros ensayos históricos.—Sebastian de Salamanca.—Su *Chronicon*: exámen del mismo.—La *Chronica Albeldense*.—Su exposicion histórica y crítica.—Sampiro: su *Chronica*. Juicio literario de la misma.—Don Pelayo de Oviedo y el monje de Silos.—Análisis y juicio crítico de ambas *Chronicas*.—Conquista de Toledo.—Influencia de este suceso en la civilización española.—*Chronicas* latinas del siglo XII.—La *Gesta Roderici Campidocti*.—La *Historia compostelana* y la *Chronica Adefonsi Imperatoris*.—Historiadores religiosos: Grimaldo, Renallo, Rodulfo y Juan Diácono.—Observaciones generales sobre el desarrollo de la historia en estas remotas edades.

Dejamos bosquejado el lastimoso cuadro que ofrece al historiador y al filósofo la raza hispano-goda, sometida al yugo del Islam, justificando con este interesante estudio cuantas observaciones llevamos hechas, respecto de la excesiva influencia que en los últimos tiempos se ha pretendido dar á los árabes en la civilización española desde el momento de la conquista. Córdoba, asiento de los Califas, se ha mostrado á nuestros ojos como centro y teatro de ambas culturas: allí hemos contemplado la gran lucha que se traba y sostiene entre el mundo moral de Oriente y el mundo moral de Occidente, entre el Koran y el Evangelio; y combatida